

# Prólogo

**Linda Acredolo y Susan Goodwyn**

Coautoras de *Los gestos del bebé: cómo hablar con tu hijo  
antes de que él sepa hablar*

Como psicólogas que hemos consagrado gran parte de los últimos veinticinco años de nuestra vida a la investigación centrada en mejorar la comunicación entre padres e hijos, estamos encantadas de respaldar el trabajo realizado por Priscilla Dunstan. Aunque ella enfoca la comunicación desde una perspectiva muy distinta, su misión básica es la misma que la nuestra: ayudar a padres e hijos a comunicar con eficacia para que la relación entre ellos prospere. En nuestro caso, animamos a los padres a ayudar a sus bebés a «hablar», mediante la utilización de sencillos signos, antes de que sepan pronunciar palabras. Priscilla, por su parte, ayuda a los padres a que comprendan mejor los mensajes que les transmiten sus hijos, no necesariamente en forma de signos o palabras, sino según su manera general de abordar las exigencias de la vida diaria. E igual que sucede en nuestro trabajo, el suyo estuvo originalmente inspirado en sus vivencias como madre.

Su trabajo se inició hace una década con el descubrimiento, como madre primeriza de un bebé muy complicado, de que su hijo emitía una serie de sonidos distintos que indicaban con claridad estados de ánimo concretos como hambre, sueño o gases estomacales. Cuando se dio cuenta de que todos

los bebés emitían los mismos sonidos para indicar las mismas necesidades, tuvo los principios de lo que se convirtió en su sistema de clasificación del lenguaje universal del bebé. Ese descubrimiento la llevó a establecer un centro de investigación en Sydney, Australia, que se convirtió en la base del trabajo, tanto clínico como de investigación, realizado con centenares de familias a lo largo de diez años.

A partir de dicho descubrimiento inicial, Priscilla ha estado siempre motivada, en su vida y en su trabajo, por el objetivo de tender un puente que una el vacío de comunicación existente entre padres e hijos. *Los cinco sentidos del niño* describe el resultado de la siguiente fase de su investigación: el hallazgo de un sistema de clasificación sensorial que proporciona a los padres una clave para comprender cómo su hijo experimenta, interpreta y comprende el mundo. Mientras que existen muchos sistemas de clasificación basados en las diferencias de personalidad, el punto de partida de Priscilla fue percatarse de que los sentidos son el medio fundamental del que disponemos para organizar las señales que recibimos del mundo que nos rodea, y que todos nosotros, desde el nacimiento, poseemos un sentido de orientación principal: tacto, vista, sonido o gusto/olfato. Las listas de comprobación que presenta en los capítulos dos y tres, sencillas y fáciles de utilizar, le permitirán identificar tanto el sentido dominante de su hijo, como su propio sentido dominante y el de su pareja. Estamos seguras de que disfrutará, igual que disfrutamos nosotras, completando dichas listas, pues las descripciones que Priscilla ofrece son realmente verosímiles. Resulta fascinante descubrir todo lo que estas descripciones captan del comportamiento del niño (¡y también del suyo!). Se produce entonces un auténtico momento «¡Eureka!» en el que todo empieza a integrarse y a formar un retrato coherente.

A medida que lea las páginas siguientes, comprenderá rápida e intuitivamente de qué modo el sistema de clasificación sensorial le ayuda a entender las conductas del niño que hasta ahora eran un verdadero misterio. Gracias al sistema de Priscilla, también entenderá con facilidad muchas de las conductas que hasta el momento podría haber interpretado como tozudez, mal humor, imprevisibilidad e irracionalidad de la infancia. Su forma de enfocar la paternidad cambiará por completo en cuanto asuma que la manera en que su hijo actúa refleja una parte innata de su orientación hacia el mundo.

Si cuando su hijo de dos años se niega a utilizar el tenedor e insiste en coger la comida con las manos, parte usted de la teoría de que, como niño táctil, depende de las sensaciones del tacto para aprender, le ayudará a comprender su motivación y a tratarlo con más paciencia. Si su hijo de tres años, dotado de orientación visual, insiste en disponer los muñecos, los juguetes y los peluches de una determinada manera y coge una pataleta si usted se los desordena cuando arregla la habitación, intente ver el mundo como lo ve él y comprenderá lo importante que esta sensación de orden es para su seguridad y bienestar. Si su hijo de cuatro años, de orientación gusto/olfativa, se siente ofendido a menudo, y cree usted que debería tener un poco más de aguante, le ayudará de un modo más efectivo si entiende que los niños de esta categoría son hipersensibles por naturaleza, no sólo en lo referente a percibir las cosas, sino también las emociones, tanto las suyas como las de los demás.

Pero el enfoque de Priscilla sobre la paternidad no es pasivo. No le aconseja que acepte usted conductas que son indeseables, sino que le invita a transformarlas utilizando los conocimientos que posee sobre la orientación sensorial de su

hijo. Si su bebé auditivo tiene problemas de sueño aun después de haber insonorizado su habitación, tal vez le sorprenda descubrir que su hijo es uno de esos niños que necesita un determinado nivel de ruido de fondo para tranquilizarse. Experimentando un poco (con música suave y bajita o con cualquier máquina que emita un ruido monótono de fondo), acabará encontrando la solución adecuada para su hijo.

Y posteriormente, ese mismo niño auditivo que en apariencia tiene un montón de problemas realizando transiciones, vivirá una jornada mucho más fácil si usted desarrolla un repertorio de canciones del tipo «la canción de ponerse los zapatos», «la canción de sentarse en el orinal» o «la canción de ir a dormir». Las páginas de este libro están llenas de consejos y técnicas para gestionar los problemas diarios a los que todo padre se enfrenta.

*Los cinco sentidos del niño* le orientará para adaptar su paternidad a las necesidades exclusivas de su hijo. Como padres primerizos tal vez se sientan abrumados por el comportamiento aparentemente inexplicable de un niño muy complicado, mientras que sus mejores amigos son la viva imagen de la satisfacción paternal. O tal vez su primer hijo era uno de esos angelitos que dormía y comía causando problemas mínimos, y en cambio, se sienten atónitos ante el hecho de que su segundo hijo sea justamente lo contrario. ¿Quién tiene la culpa en este caso? ¿Ustedes o su hijo? Ni unos ni otros, claro está; sucede, simplemente, que cada niño es distinto e, incluso dentro de estas cuatro categorías sensoriales, existen muchas diferencias.

El enfoque que Priscilla da a la paternidad permite utilizar los conocimientos íntimos que usted posee de su hijo para establecer estrategias sensoriales que hagan la vida más fácil y feliz para todo el mundo.

No hay nada más gratificante en la vida que el vínculo entre padres e hijos. Cuando lea *Los cinco sentidos del niño*, profundizará y reforzará ese vínculo, estableciendo las bases de una relación de amor mutuamente gratificante.



# Introducción

## UN VÍNCULO MEJOR

Hace muy poco, una cliente me comentó: «Por primera vez en la vida de mi hijo, he visto la belleza que hay en él». Y mientras pronunciaba estas palabras, los ojos se le llenaron de lágrimas de alivio y felicidad, al mismo tiempo que una expresión de asombro y orgullo iluminaba su semblante. Era una madre de tres niños que se refería a su hijo de cinco años, cuya conducta siempre le había resultado tan complicada de gestionar que tenía la sensación de estar batallando con él desde su nacimiento. Tenía otros dos hijos mayores, hijastros procedentes del primer matrimonio de su marido, con los que no había problemas. Pero con el pequeño, su hijo biológico, le resultaba imposible relacionarse. ¿Qué fue lo que la llevó a ver por primera vez su belleza?

La madre había aprendido una estrategia única y beneficiosa para comunicar con su hijo que la ayudaba a ser mucho más eficaz en su forma de hablarle, de guiarlo, de jugar con él, de tranquilizarlo y de responder a sus necesidades. Como resultado de ello, la conducta del pequeño ha cambiado de forma notable. Las pataletas y los dramas que tanto complicaban la vida a todos los integrantes de la familia han desaparecido, y el niño es ahora mucho más feliz, confiado y cooperador. Y no

es necesario que diga que ella también es ahora una madre mucho más feliz y confiada.

En este libro deseo contarle la clave, no tan misteriosa, de cómo esta madre fue capaz de generar un cambio tan maravilloso. Todo se basa en la nueva forma de enfocar la paternidad que le enseñé a descubrir. Como verá, esta nueva manera de gestionar la conducta del niño y guiarle en las diversas etapas del desarrollo de los primeros cinco años de vida, fomentará la confianza y el sentimiento de seguridad de su hijo y mejorará la relación entre ustedes.

### **Observe la conducta de su hijo desde una perspectiva distinta**

¿Ha tenido alguna vez la sensación de no saber qué hacer con sus hijos? ¿Le asaltan con frecuencia la frustración y la inseguridad, de tal modo que acaba hundiéndose y cediendo a sus interminables exigencias, ya sean bebés o niños mayores? ¿Se desconcierta por la falta de paciencia que tiene con sus hijos, por lo mal que se portan o porque se niegan a hacer lo que usted les pide? ¿Es víctima del agotamiento después de doce horas seguidas intentando levantarlos, darles de comer, traerlos y llevarlos arriba y abajo, y cuando por fin los acuesta, apenas le queda un gramo de energía para dedicárselo a usted o a su pareja? Cuando la paternidad no va bien, la rutina diaria puede ser tan descorazonadora y destructiva que quizá le haga dudar de su capacidad de educar a sus hijos y proporcionarles las habilidades que necesitan para prosperar en esta vida.

Gracias a mi propia experiencia como madre, así como a los más de ocho años de práctica individualizada con miles de familias en la clínica que creé en Sydney, Australia, he descu-



bierto que la mayoría de los conflictos diarios que atormentan a tantos padres derivan simplemente de un vacío de comunicación: un vacío que se basa en cómo todas y cada una de las personas de este mundo asimilamos el entorno físico en que vivimos, y cómo respondemos a él.

Para decirlo de un modo muy sencillo, desde el momento en que nacemos, todos tenemos un sentido dominante: vista, oído, tacto o gusto y olfato (los dos últimos se combinan en este libro para crear una única categoría). Este sentido dominante afecta a todo lo que sucede en nuestra vida: cómo asimilamos la información y la procesamos, cómo aprendemos, cómo interactuamos con los demás, cómo experimentamos y respondemos a nuestras necesidades, cómo comunicamos esas necesidades a los que nos rodean, etc. Mi observación de las múltiples familias con las que he trabajado me ha enseñado que, normalmente, el motivo subyacente de que un niño actúe o se comporte incorrectamente es que no comprende bien lo que se espera de él y, por otro lado, es incapaz de expresar lo que necesita de un modo que los padres puedan comprenderlo o reconocerlo. Este vacío de comunicación es el origen de la mayoría de los problemas de comportamiento en la vida diaria.

¿Cómo tender un puente que solvente este vacío de comunicación? Si consigue identificar los sentidos dominantes de sus hijos (determinar si son predominantemente táctiles, visuales, auditivos o gusto/olfativos), tendrá una base mucho más firme para establecer una buena comunicación, personalizará su estilo de paternidad a las necesidades individuales de cada uno de sus hijos y establecerá con ellos relaciones mucho mejores. Yo puedo ayudarle a conseguirlo.

Se preguntará quién soy yo y qué tipo de trabajo he realizado con las familias. No soy psicóloga ni médico. Nací, me crié

y, hasta hace muy poco, viví en Nueva Gales del Sur, Australia, donde, desde pequeña, desarrollé una carrera musical. Recientemente, me he trasladado a Estados Unidos con mi hijo, Tom, y ahora vivimos en Los Ángeles. Entré en el campo de la paternidad y los niños del mismo modo que usted: teniendo un hijo. E igual que muchos padres, me sentí abrumada e incapaz durante los primeros días de mi vida con mi bebé. Con el tiempo, sin embargo, descubrí que un don, que previamente había puesto en práctica con mi carrera musical (un sentido del oído excepcional que me permite escuchar y recordar matices de sonido muy sutiles), me salvaría de ese problema. Como leerá en el capítulo uno, esta curiosa característica me llevó a hallar una solución al problema del eterno llanto de mi hijo y, por fin, a un sistema para comprender el llanto no sólo de mi hijo, sino del de cualquier bebé.

En mi clínica de Sydney, así como aquí, en Los Ángeles, enseño a padres e hijos a gestionar los problemas diarios a los que se enfrentan todas las familias. Una madre desesperada me dijo: «Una amiga mía vino a visitarla y aprendió a convertir a su tirano de tres años en un ángel. ¿Podría ayudarme a conseguir lo mismo?» Otra madre me suplicó: «Ayúdeme, ayúdeme, por favor. Mi bebé necesita que lo tenga todo el día en brazos; me siento agotada y frustrada. Me siento atrapada». Otra madre me confesó: «Mi pequeña de dos años no quiere dormir sola. He intentado controlar el llanto, he intentado encerrarla en su habitación, he intentado quedarme con ella hasta que se duerme... Pero nada funciona. No quiero que duerma conmigo, aunque estoy a punto de claudicar. ¿Puede ayudarme, por favor? No sé qué hacer». Éstos no son el tipo de problemas que los padres consultan al pediatra, ni a un psicólogo, porque son asuntos que parecen demasiado banales para solicitar la atención de un especialista. Es posible que duden

también de consultárselos a los amigos o a sus propios padres por miedo a que los consideren incompetentes. De modo que padres e hijos continúan inmersos en un ciclo negativo de malas conductas y exigencias insatisfechas que hace infeliz a todo el mundo. Estos dramas cotidianos son precisamente el tipo de dilema en el que yo puedo ayudar utilizando todo lo que he aprendido sobre el impacto de los sentidos en la conducta y la comunicación.

A menudo, los padres que acuden a mi consulta para una primera visita salen de ella llorando, no porque yo los haya incomodado, sino por lo aliviados que se sienten al constatar que alguien por fin los escucha. Durante años, sus problemas y preocupaciones, por turbadores que sean, les han parecido tan ordinarios que nunca han hablado de ellos. Pero cuando me visitan, tal vez porque me ven también como una madre, vierten todos sus miedos y angustias.

Normalmente, empiezo mi trabajo con las familias pasando una hora y media con cada hijo con el objetivo de observarlo y clasificarlo según su modo sensorial. Durante las semanas siguientes, paso casi cuatro veces ese tiempo con los padres, afinando mis observaciones sobre el sentido dominante del niño si es necesario y enseñándoles a adaptar en consecuencia su estilo de paternidad. En realidad mi trabajo consiste en ayudar a los padres a *ser padres*.

En cuanto una madre o un padre toman conciencia de la orientación sensorial de su hijo, comienzan a comprender cómo navega el niño por las diversas etapas del desarrollo y cómo le impacta el sentido dominante sobre la conducta. Por ejemplo, trabajé con un niño de dos años que presentaba problemas al separarse de su madre cuando ésta lo dejaba por las mañanas en la guardería. Al marcharse ella, el pequeño se lanzaba al suelo y se le agarraba a los tobillos como si le fuera

la vida en ello. La madre había intentado sofocarle las patalatas con palabras de ánimo, explicándole lo bien que se lo iba a pasar con los demás niños, utilizando «tiempos muertos», diciéndole frases del tipo «Eres un niño mayor; has de ser valiente», con sobornos, con castigos... Pero ninguna de esas estrategias aliviaba el drama que el niño (y su madre) sufrían. Sin embargo, tan pronto como ayudé a la madre a identificar el sentido dominante de su hijo, el tacto, la mujer utilizó ese conocimiento para realizar pequeños ajustes en la rutina diaria que le dieran al niño la confianza necesaria para ser capaz de separarse diariamente de ella. Al comprender lo mucho que su hijo necesitaba el consuelo de sus caricias, decidió dedicar todas las mañanas, antes de salir de casa, unos minutos extra a los mimos. Cuando lo dejaba en la guardería, se agachaba para situarse al nivel de los ojos del niño y le daba un abrazo enorme para tranquilizarlo, explicándole a continuación que cuando llegara a casa por la tarde dedicarían otra vez más tiempo a los mimos. Como verá, ser tocado y acariciado lo es todo para el niño táctil. De manera que al demostrarle esta madre a su hijo que comprendía sus necesidades, le proporcionó esa sensación de seguridad que necesitaba el pequeño para superar el miedo a ser abandonado. La sensación de seguridad que creó con estos sencillos cambios en la forma de abordar el problema es casi tan importante como el alimento o incluso el sueño: suministra a los niños la energía necesaria para crecer emocional, mental y físicamente.

Otra madre compartió lo siguiente sobre su experiencia: «Cuando descubrí que mi hijo era auditivo, intenté comprender el mundo desde su punto de vista y me di cuenta de lo increíblemente sensible que es al tono de voz y a los sonidos fuertes. Me percaté de que si le hablaba utilizando un tono de voz duro o apresurado, desconectaba de mí o se echaba a llo-

rar. Ahora soy consciente de que con ello no se mostraba travieso ni desobediente. A su modo, intentaba explicarme que la mitad de las veces no comprendía lo que yo le decía. Cuando aprendí a hablarle con un tono de voz más amable y suave, su conducta cambió poco a poco. De hecho, empezó a escucharme y a prestar atención a mis indicaciones».

Un padre soltero acudió a mi consulta para hablarme de su hija de casi cuatro años que se portaba tan mal cuando iban a hacer recados, pongamos por caso al supermercado, que se había planteado la posibilidad de que sufriera un grave problema de conducta. Me lo explicó así: «No puedo llevarla a ningún lado; siempre quiere, quiere y quiere. Lo coge todo y lo toca todo, en especial los caramelos que hay junto a la caja. Intento que comprenda que los caramelos, por ejemplo, son malos para los dientes y que no es bueno tomar tanto azúcar. Pero da lo mismo lo que le diga. ¡Es como si no controlara lo que hace! Si le digo que no, acaba poniéndose histérica». Cuando le pedí que fuera más concreto sobre el tipo de cosas que su hija deseaba más, me respondió con rapidez: «¡Cualquier cosa que sea “bonita”, como ella dice! Y eso significa cualquier cosa que tenga un envoltorio llamativo y brillante». Para mí, esta conclusión fue un claro indicador de que su hija era visual. Me imaginé que en realidad no quería el caramelo, sino que le atraía el envoltorio brillante. (A modo de explicación, debería saber que en Australia hay caramelos por todas partes y que suelen presentarse con envoltorios relucientes y multicolores.) Al preocupado y frustrado padre le sugerí que si lo que en realidad atraía a su hija era el envoltorio, como yo imaginaba, tendría que recurrir a otra particularidad típica del sentido dominante de su hija —el gusto por el orden— para doblegar su conducta aparentemente descontrolada. El plan que elaboramos consistió en que el padre convirtiera el ir de

compras en un juego, invitando a su hija a ver si sabía devolver a su debido lugar cualquier cosa que cogiera. Poco después, el padre vino a verme de nuevo para contarme que la estrategia había funcionado, y no sólo cuando iban de compras. A su hija le encantaba ahora guardar los juguetes y ordenar la habitación.

Otro padre me contó: «Me preocupaba constantemente que la hipersensibilidad de mi hija a todo —las luces brillantes, los sonidos fuertes, el sabor de diversas comidas— no fuera normal.

»Pero al comprenderla bajo el punto de vista de su modo sensorial, que es el gusto/olfativo, no sólo solté un gran suspiro de alivio, sino que además empecé a idear maneras de combatir su gran reactividad. Tardé un tiempo en identificar todo aquello a lo que era sensible, y me di cuenta de que modificar cosas de su entorno para que se sintiera más cómoda no equivalía a mimarla. Acepté, simplemente, que ella es quien es. Ahora me siento realizado porque soy capaz de comunicar con mi hija de un modo más efectivo, y tengo, además, la sensación de que estoy haciendo un buen trabajo como padre. Y lo más importante de todo es que percibo que mi hija gana confianza en sí misma. Día a día, la veo avanzar con paso más firme.»

Conocer y comprender el modo sensorial de su hijo le permite dejar de luchar contra la manera de ser del niño o de la niña, como hizo la madre del ejemplo anterior, y empezar a responder de forma creativa y constructiva a su exclusiva forma de abordar el mundo. Cuando lo haga, y a menudo los cambios que se han de realizar son realmente pequeños, transformará, en el sentido más literal de la palabra, su vida familiar.

Las palabras de agradecimiento que he recibido por parte

de cientos de padres y madres que han participado en mi estudio (que describiré en el capítulo uno), así como las de otros centenares con los que he trabajado en todo el mundo, significan mucho para mí, pues, como madre que también soy, constato lo importante que es saber que comprendo a mi hijo. De hecho, esta comprensión es la clave para crear un vínculo sincero y positivo entre padres e hijos. Valoro este vínculo en todo lo que hago. Mi deseo de tener una sólida conexión con mi hijo (es decir, saber y creer que esa conexión, especialmente durante los primeros cinco años de su vida, es la influencia más importante en su desarrollo) es lo que ha impulsado e informado todo mi trabajo de investigación con niños y familias.

## **Personalice su forma de abordar a su hijo**

Permítame que le formule unas cuantas preguntas:

1. ¿Se ha echado alguna vez a llorar de agotamiento y frustración porque su bebé sólo quiere que le coja en brazos, independientemente de que se haya pasado el día entero haciéndolo?
2. ¿Se ha preguntado alguna vez por qué su segundo bebé se despierta a la que hay el menor sonido en casa, mientras que su primer hijo dormía incluso en un restaurante ruidoso?
3. ¿Se ha preguntado alguna vez por qué su bebé, cuando va en el cochecito, no se tranquiliza hasta que le ve a usted? ¿O no se ha dado cuenta de que ésa es, precisamente, la clave para tranquilizarle?
4. ¿Ha tenido alguna vez la sensación de ser incapaz de com-

prender por qué uno de sus tres hijos es un comedor tan melindroso, que nunca quiere comer las sobras, mientras que sus otros hijos disfrutan con lo que quiera que les prepare para cenar?

5. ¿Ha visto alguna vez a su hijo de tres años tirando todos los juguetes en medio de la habitación y pisoteándolos luego? ¿Le da la impresión de que el niño vacila entre actuar como si usted le resultara completamente indiferente, o echarse a llorar para que lo abrace, lo mime y pueda acurrucarse entre sus brazos como si aún fuera un bebé?
6. ¿Se ha preguntado alguna vez por qué su hija de cuatro años necesita tener todos los zapatos colocados de una determinada manera, peinarse siguiendo un estilo particular y poner todos sus peluches sobre la cama en un orden concreto, que nadie puede tocar o alterar?
7. ¿Se ha cuestionado alguna vez por qué su hija parece imitar siempre su estado de humor (si le domina la tensión, ella está tensa; si le domina la tristeza, ella está triste)?
8. ¿Se ha planteado alguna vez por qué su hijo mayor exige el más completo silencio para hacer los deberes, mientras que su hija menor los hace escuchando música?

En cada una de estas preguntas se esconde una pista sobre el sentido dominante de los niños, y sobre cómo éste afecta a su manera de estar en el mundo. (Una respuesta «sí» a las preguntas 1 y 5 sugiere que su hijo es táctil; un «sí» a las preguntas 2 y 8, que es auditivo; un «sí» a las preguntas 3 y 6, que es visual, y un «sí» a las preguntas 4 y 7, que es gusto/olfativo.) En el capítulo dos, se presenta una lista de preguntas mucho más extensa, que le permitirá identificar con exactitud el sentido dominante de su hijo; también aprenderá a identificar su propio sentido dominante y el de su pareja, sentidos ambos



que juegan un papel importante en este enigma de la comunicación.

Cuando aprenda a reconocer, a ser consciente y a responder adecuadamente a estas modalidades concretas de sentidos, enseguida será capaz de poner en práctica su recién estrenada comprensión de cómo su hijo experimenta su mundo y por qué se comporta como se comporta.

La mayoría de los padres que acuden a mi consulta, tanto en Australia como en Estados Unidos, sufren a menudo momentos de desesperación. Han perdido la confianza en su capacidad de ser padres y temen haber perdido también el control sobre sí mismos o sobre sus hijos. Como resultado de ello, tienen siempre la sensación de que su familia está en una situación de mera supervivencia y que apenas es capaz de avanzar.

Veo constantemente situaciones de este tipo y confío en poder ofrecer un buen repertorio de consejos y técnicas para solventar muchos de los problemas infantiles más comunes relacionados con conflictos diarios como la comida, el sueño, el aprender a hacer sus necesidades, las pataletas, etc. Pero lo más importante que le puedo brindar es algo mucho más fundamental: sé que usted conoce mejor que nadie a su hijo, y que más allá de ayudarlo a enseñar a su bebé a dormir toda la noche, a convertirlo en un buen comedor o a impedir que dé puntapiés o muerda a los demás niños en la guardería, lo que quiero compartir con usted es una manera completamente nueva de interpretar la conducta de su hijo y saber responder a ella.

Este nuevo enfoque se basa en los cinco sentidos que todos poseemos, pero que rara vez explotamos de un modo consciente y proactivo.

Cuando valore el hecho de que el sentido dominante de

su hijo es su primer punto de referencia, y que ejerce una influencia profunda sobre su forma de experimentar el mundo y de comunicar con la gente de su entorno, podrá reestructurar sus interacciones con él para que al niño le resulte más fácil comprenderle y responderle. A un niño visual, preocupado siempre por el aspecto de las cosas, le diríamos: «¿Ves lo desordenada que está tu habitación? ¿Quieres arreglarla para que esté bonita cuando papá llegue a casa?» A un niño táctil, que es físico y práctico y responde mejor a sugerencias claras y directas, le diríamos: «Tengo una misión para ti: ¡Arreglar tu habitación lo más rápido que puedas!» A un niño auditivo, que reacciona muy bien ante la música, le diríamos: «¿Quieres poner tu CD favorito mientras arreglas la habitación?» Y a un niño gusto/olfativo, que suele estar muy conectado emocionalmente a sus padres y dispuesto siempre a gustar, le diríamos: «La semana pasada me sentí muy orgullosa de ti cuando guardaste todos los juguetes. ¿A que está bien hacer eso? ¡Hagámoslo de nuevo!»

Al reforzar el aspecto positivo cuando comunicamos lo que queremos, y formulamos el mensaje u objetivo de tal modo que el niño se identifique con él, le preparamos para salir victorioso. Con esta estrategia, usted aprenderá a abordar cada problema, conflicto o reto preguntándose: «¿Qué puedo hacer para que mi hijo supere con éxito este momento o esta tarea?» Porque cuando el niño supere con éxito acostarse sin llorar, cenar sin protestar o quedarse en la guardería sin montar un drama, usted también habrá superado con éxito la situación. Es una solución en la que todos (usted y su hijo) salen ganando.

## Soluciones prácticas para los problemas diarios

Es posible que la relación con su hijo (o la relación de su pareja con su hijo) esté actualmente plagada de fricciones y malentendidos. Una vez que haya identificado el sentido dominante de su hijo, aprenderá a explotarlo para abrir el camino hacia una comunicación mejor y una gestión más fácil de la conducta y las actividades diarias. Para ello, deberá comprender de qué modo los sentidos dominantes de usted y de su pareja afectan también a la relación con su hijo. Así entenderá cómo experimenta y comunica éste sus necesidades emocionales, de qué manera aprende mejor, qué actividades le entretienen, por qué interactúa con los demás del modo que lo hace y qué tipo de juegos le atraen más, tanto para realizarlos sólo como acompañado. Y aprenderá numerosas y sencillas estrategias para facilitarle las rutinas diarias, desde comer hasta vestirse, pasando por salir de paseo e irse a dormir. Pero lo más importante que aprenderá será a detectar el significado de las conductas de su hijo, que tan a menudo le parecen inexplicables y, a veces, simplemente obstinadas y exasperantes. Gracias a esta comprensión, basada en el sentido dominante del niño, encontrar soluciones a los problemas y retos diarios acabará resultándole intuitivo.

El proceso puede llevar tiempo e incluir una buena cantidad de pruebas y errores. A veces verá que las soluciones descritas por mí o por los padres con los que he trabajado no tienen el mismo efecto en su familia. Pero le prometo que estas sugerencias le darán pie a una solución que *funcione*, porque en cuanto comprenda la orientación sensorial de su hijo, poseerá los conocimientos necesarios para crear soluciones que aborden directamente las necesidades del niño que mejor conoce en este mundo: el suyo. Y a partir de esta posición auto-

rizada, podrá ejercer su paternidad con energía, paciencia y sabiduría.

Este libro, por lo tanto, no le ofrecerá reglas de comportamiento para aplicar a rajatabla ni consejos preceptivos. Le ofrecerá, por el contrario, una perspectiva sobre el impacto de los sentidos en la vida cotidiana para que, teniendo presentes a su pareja, a su hijo, a los demás miembros de la familia y usted mismo, descubra cómo comunicar con su hijo de un modo más eficaz. ¿Y a qué me refiero con «eficaz»? Pues a elegir un lenguaje y un estilo de comunicación que interpele directamente al sentido dominante de su hijo; a ayudarle a gestionar sus conductas para que desarrolle un sentimiento de confianza y seguridad; a darle la orientación que necesita para expresar con eficacia sus necesidades emocionales, para dominar las tareas de aprendizaje y para relacionarse positivamente con el mundo y las personas que le rodean... y todo ello con un sentimiento de orgullo y logro. Y si hace esto por su hijo en sus primeros años, le proporcionará una sólida base de conocimiento de su propia persona que le durará toda la vida.

## **Qué puede esperar de este libro**

En la primera parte, aprenderá los puntos básicos. En el capítulo uno, le explicaré mis antecedentes y cómo mi investigación forma la base de este libro; en el capítulo dos, le ofrezco las preguntas que le ayudarán a identificar el sentido dominante de su hijo, y en el capítulo tres, utilizará un conjunto alternativo de preguntas para identificar el sentido dominante que tiene usted y el de su pareja.

La segunda parte consta de cuatro capítulos, cada uno de ellos centrado en uno de los cuatro tipos sensoriales, con des-

cripciones de cómo ese sentido afecta al avance por las tareas de desarrollo que ocupan los tres rangos de edad tratados en este libro: desde el nacimiento hasta un año de edad, de uno a tres años y de tres a cinco años. Para cada tipo sensorial, le haré sugerencias sobre cómo gestionar la alimentación, el sueño y las rutinas de vestido de su hijo, así como la manera de adaptar las técnicas para aprender a hacer él solo sus necesidades. Para cada rango de edad, muestro también cómo los distintos tipos sensoriales impactan en sus necesidades emocionales, en su manera de procesar la información, en su aprendizaje y en su forma de empezar a jugar e interactuar con sus compañeros y demás personas. Al final de cada uno de estos cuatro capítulos, abordo el reto de la incompatibilidad (cuando un padre y un hijo tienen tipos sensoriales distintos) y cómo los padres pueden solventar estas diferencias de manera constructiva. (Asumo que todos los niños están relativamente sanos y no sufren ningún trastorno evidente de conducta o emocional. Como es evidente, cuando un niño presenta un trastorno de conducta o una enfermedad psicológica clara, remito a los padres a un médico o a un especialista.)

Tenga en cuenta que es posible que, de entrada, no logre identificar con exactitud el sentido dominante de su hijo. Tenga paciencia. Si sigue dominándole la inseguridad después de someterse a las preguntas del capítulo dos, pase al capítulo de la segunda parte correspondiente al grupo sensorial que *crea* que podría ser el de su hijo. Cuando haya leído ese capítulo, se habrá hecho ya una idea de si lo que se explica en él se refiere o no a su hijo y, si es necesario, retroceda hasta el principio de las preguntas para iniciar de nuevo el proceso de identificación.

En el último capítulo, echo un vistazo más detallado a retos especiales como ir al colegio, una mudanza, el nacimiento de

un hermanito, un divorcio y la pérdida de un ser querido por fallecimiento o abandono; es decir, esos momentos cruciales en la vida de un niño que podrían provocarle una regresión o que se manifestara de una manera extraña. Es en estos casos que el conocimiento del sentido dominante del niño puede actuar a modo de un auténtico salvavidas para los padres.